

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs.—En Ultramar: 20 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taibout.—Mantla: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

RELACION OFICIAL

DE LA APERTURA DEL CONCILIO EUMÉNICO, TOMADA DE EL DIARIO DE ROMA.

Ayer 8 de Diciembre se abrió en la patriarcal Basílica Vaticana el Concilio Euménico, que fue precedido por la Santa Eucaristía. Se abrió el día 30 de Junio de 1867, cuando en la abdicación *Peregrinada*, respondiendo a los Obispos de todas las partes del mundo reunidos en Roma para solemnizar el décimo octavo centenario del martirio de los Santos Príncipes de los Apóstoles, declaró que acogía los deseos manifestados por ellos para la celebración de aquel, y que fue convocado el 29 de Junio de 1868 en las Letras Apostólicas *Aeterni Patris Unigenitus Filius*. Se abrió ayer, 8 de Diciembre, día señalado para tal solemnidad, por ser el consagrado a la memoria del privilegio de la encarnación de toda la humanidad, concedido por el Omnipotente a la Virgen María, y que Su Santidad declaró dogma en el mismo día hace tres lustros, y porque en el primero de los citados documentos se había acordado poner el Sacro Concilio Euménico bajo el patrocinio de aquella, bajo cuyos pies fué puesta la cabeza de la serpiente desde el principio de las cosas, y que por sí sola quebrantaba todas las herejías.

Al mediodía del día, víspera de la fiesta, los alegres sonidos de los sagrados bronceos de las torres de todas las Iglesias, anunciaban la proximidad del gran suceso y conmovían los ánimos que presentaban con santo júbilo el bien que para la revuelta sociedad resultaría de la Asamblea episcopal, dirigida y conservada por la asistencia divina.

Para invocarla, el pueblo fiel coadyuvó espiritualmente con solemnemente cultos y prácticas piadosas, que en diversas Iglesias se celebraron durante el novenario anterior a la fiesta: sermones; visita a las imágenes y reliquias sagradas más notables expuestas a la veneración pública y sacadas en procesión por corporaciones y cofradías religiosas; ayuno riguroso la víspera, no menos que la más numerosa y devota asistencia a los devotos ejercicios de costumbre en la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

Por la tarde del mismo día, al terminar la sagrada novena en la Basílica constantiniana de los Santos Doce Apóstoles, se celebró con gran solemnidad el devoto ejercicio que acostumbra a practicar los Menores conventuales. El Papa, siguiendo el uso de los años anteriores, asistió con su noble altivez a la sagrada función. Recibido en la portería del convento por el Eminente señor Cardenal Ciarelli, protector de dicha orden, por los superiores de la misma y por la comunidad, fue esperado en la sacristía por el Eminente señor Cardenal Panbianco. Visiéndose los hábitos pontificales, seguido del sacro colegio, entró en el vasto y magestuoso templo, que estaba ricamente adornado e iluminado y lleno de fieles. Habiendo asistido a las diversas ceremonias y al canto de la letanía lauretana, Su Santidad entonó el *Te Deum*, y después del himno Eucarístico dio con el Santísimo Sacramento la triple bendición.

En la plaza de los Santos Apóstoles, y a lo largo de la carrera recorrida por el cortejo pontificio un pueblo inmenso se apiñaba para ver al Papa y recibir la bendición apostólica, que de los labios de hombres venidos de todas las partes del mundo, mezclados a los romanos, era impetrada en diversas lenguas, entre otros gritos de reverencia y amor, augurio de felicidad y de paz.

Así terminaba la vigilia que señalaba el extraordinario espectáculo que se ha visto: el siguiente solemnisimo día, cuyo primer afor fue saludado por el cañon del castillo del Santo Ángel, sobre cuyos baluartes se enarbolaron los estandartes de la Sede Apostólica y del Padre Santo.

Se había avisado a los Padres del Concilio y los demás que debían tomar parte en la función que hacía las ocho y media se reunieron en el Vaticano en los lugares designados; y mucho antes de aquella hora, todo el espacio que quedaba libre desde el llamado atrio de Constantino hasta el altar de la confesión dentro de la Basílica, estaba repleto de gente de todas clases y naciones. A lo largo de la vía trazada entre la muchedumbre, desde el primer tramo de la escalera regia hasta la estatua de San Pedro, estaban formados en dos hileras los alumnos del hospicio apostólico y de la piadosa casa de huérfanos, y después comisiones de las órdenes religiosas, de las mendicantes de los institutos monásticos y de los canónigos regulares y representantes del Pontificio seminario romano, de los párrocos, del Clero y cabildo de las colegiadas, de las basílicas menores, de las patriarcales Libreriana y Lateranense y todo el cabildo Vaticano.

Cerca de las nueve, el cañon tronaba nuevamente desde el castillo, y las campanas de la ciudad tocaban a fiesta. Era esta la señal que anunciaba a la ciudad que empezaba el acontecimiento más grande, y decía a sus habitantes que acompañasen con el espíritu la invocación de las luces celestiales que el Supremo Gerarca de la Iglesia había iniciado entonces, entonando el himno al Paráclito. Esta función se hacía solememente en el atrio superior de la basílica, en el recinto de la capilla, de donde, ordenados en procesión, salían los que tenían lugar en la augusta ceremonia, los cuales, repitiendo los versículos del himno, atravesaban la Sala Régia, bajaban la gran escalera, y recorriendo el pórtico hasta la puerta mayor, se extendían dentro de la Basílica, tocando al altar de la Confesión.

De los Prelados y otros adscritos a la Corte Pontificia, iban en la sagrada solemnidad únicamente los destinados a tomar parte en el acto conciliar o a prestar servicio a la sagrada persona del Sumo Pontífice. Tras ellos venía la Cruz Pontificia, que llevaba entre adositos el Subdiácono apostólico monseñor Isardi, Auditor de la Rota, y la seguían con las vestiduras propias de su respectiva dignidad los Abades generales, los Abades *Nullius*, los Obispos, los Arzobispos, los Primados, los Patriarcas de todas las naciones y ritos: Latinos, Armenios, Búlgaros, Caldeos, Coptos, Maronitas, Melquitas, Rumanos, Sirios.

Seguían después los Cardenales divididos por órdenes de Diáconos, Presbíteros y Obispos, y entre los segundos iba el Emmo. Cardenal de Angelis destinado a hacer de sacerdote asistente. Después iba el senador con los conservadores de Roma, el vicemayordomo con el príncipe asistente al séquito guardado del Concilio. Seguían el Emmo. y reverendísimo Cardenal Borromeo,

Diácono destinado a cantar el Evangelio, en medio de los Emmos, y reverendísimos Cardenales Antonelli y Grassini, Diáconos asistentes. El Sumo Pontífice venía inmediatamente después sentado en la silla gestatoria bajo dosel. Seguía un coro de Capellanes cantores que alternaban entre melodiosas composiciones y los versículos del himno antes entonado, y después los Prelados asistentes, tesoreros de la cámara apostólica, el mayordomo pontificio y el señor ministro del Interior. Seguían los protonotarios apostólicos participantes y entre ellos el vicesecretario del Concilio, el maestro de cámara y por último, los generales y Vicarios generales de las órdenes regulares. Cerraban la comitiva los demás oficiales del Concilio que no tenían puesto entre las clases precedentes y los estenógrafos.

Todos se descubrieron la cabeza al entrar en la basílica, en la cual sobre el altar de la confesión estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Su Santidad bajó de la silla, yendo a pie hasta el faldistorio, en donde terminando el *Veni creator*, rezó las antífonas y las preces señaladas.

Entre tantos los reverendísimos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos, Abades generales y Vicarios generales de las congregaciones regulares y monásticas, menos los de las órdenes mendicantes habían ocupado sus puestos en la sala conciliar, la cual está formada en la nave transversal a la derecha (conforme se entra en la Basílica, dispuesta con mucho acierto para este caso y adornada magníficamente con pinturas y muebles. La entrada estaba guardada por caballeros de la orden de Jerusalén y guardias nobles de su Santidad. Apenas entró el Padre Santo seguido de los eminentísimos señores Cardenal Patrizi, Obispo de Porto y Santo Rufina, subdiácono del Sacro Colegio, dió principio a la celebración solemne de la misa propia de la solemnidad del día, en el altar erigido en medio de la sala, y recitó la oración del Espíritu Santo.

Terminado el Santo Sacrificio antes de la bendición, monseñor Fesler, Obispo de San Hipólito, secretario del Concilio, puestos en pie todos los Padres, tomó el libro de los Santos Evangelios, y fué a colocarlo en un trono pequeño que al efecto se había preparado encima del altar. Entonces monseñor Puchet Pasavali, Arzobispo de Icona, destinado a dirigir la palabra a la sagrada reunión, hecha la genuflexión ante Su Santidad, y pedidas las indulgencias y vénias, pronunció en latín un discurso apropiado a las solemnes circunstancias. Terminado el discurso, Su Santidad dió la bendición, y el Arzobispo orador publicó la indulgencia plenaria.

El Padre Santo, depuestas las sagradas vestiduras que había tenido hasta entonces, se puso los ornamentos que suelen ponerse cuando celebra pontificalmente la Santa Misa.

Después del acto de la obediencia que hicieron los Eminentísimos purpurados y los Reverendos Padres, a imitación del primer Cardenal Diácono asistente comenzaron las suplicas de todos los asistentes, después de las cuales Su Santidad leyó las oraciones prescritas, y los Capellanes cantores entonaron antífonas adecuadas y terminaron con la invitación para salir que hizo el segundo Cardenal Diácono asistente. Entonces se entonaron las letanías. Al llegar a la plegaria por el Santo Synodo y la gerarquía eclesiástica, el Sumo Pontífice poniéndose de pie, dijo en alta voz por tres veces la fórmula, primero invocando al Señor para que se dignase bendecir, después, pidiendo a Dios que se dignase regir el Santo Synodo, y por último que se dignase conservar, y repitiendo las palabras, hizo seis veces la señal de la cruz sobre el venerable Concilio. Terminadas las letanías, el Padre Santo recitó las oraciones. Después el Eminentísimo Cardenal Diácono Borromeo, cantó el Evangelio sacado del capítulo X de San Lucas, en donde se refiere la misión dada por Jesucristo a sus discípulos y se designan las prácticas que han de observar en el ministerio de la predicación. Después de la lectura del Evangelio, el Sumo Pontífice dirigió a los Padres una alocución, y después entonó el himno *Veni Creator Spiritus*, cuyos versículos alternados cantaron los Padres Capellanes. Presentáronse después al sólo pontificio el mencionado Obispo de San Hipólito, secretario del Concilio, y monseñor Valenciano, Obispo de Fabriano y Matelica. El primero puso en manos de Su Santidad el decreto de apertura del Concilio, y Su Santidad entregó el mismo decreto al segundo que fué a leerlo en voz alta, y los Padres lo aprobaron con la palabra *placet*. Entonces el Sumo Pontífice, usando de su autoridad suprema, lo sancionó. La misma ceremonia se repitió con otro decreto señalando para la primera sesión general el día 6 de Enero de 1870, día de la Epifanía. Los Padres lo aprobaron también por aclamación, y el Sumo Pontífice lo sancionó. Después los señores promotores del Concilio, abogados consistoriales Ralli y De Dominici Torti, acercándose al sólo pidiendo a los protonotarios apostólicos que extendieran el acta de cuanto había ocurrido, y el Prelado de aquel colegio relatió respondió que lo haría llamando a ser testigos del acto a los señores mayordomo y maestro de cámara de Su Santidad.

No quedando nada que hacer, el Padre Santo entonó el himno de acción de gracias que con inefable alegría se cantó alternativamente por los Capellanes cantores y los Padres con el pueblo, y así terminó la primera sesión. Su Santidad depuestos los hábitos pontificales, entró en sus habitaciones y se disolvió la reunión. Eran las tres de la tarde.

A la ceremonia que acaba de describirse asistieron en las galerías dispuestas en los lados de la sala: S. M. la emperatriz de Austria, S. M. el rey de los Dos Sicilias, S. M. la reina de Wurtemberg, S. A. A. R. el duque y la duquesa de Parma, S. A. L. y R. el gran duque Leopoldo de Toscana con la gran duquesa su esposa S. A. A. R. el conde y la Condesa de Girgenti, el conde y la condesa de Caserta el conde y la condesa de Trípani. Asistieron también S. E. los embajadores, los ministros y los diplomáticos acreditados cerca de la Santa Sede; el Excmo. señor ministro de la Guerra, el Excmo. señor general Dumont y otros generales del ejército pontificio y del ejército francés. En las galerías superiores estaban los teólogos pontificios y los canonistas del Concilio.

Lo desahucio y lluvioso del tiempo no impidió que la basílica estuviera durante el tiempo que duró la ceremonia completamente llena de gente de todas las naciones, de los puntos más remotos del orbe, que ha venido a la metrópoli

para presenciar el fausto acontecimiento de la apertura del Concilio.

Por la noche hubo iluminaciones.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 15 de Diciembre de 1869.

Abrióse la sesión a las dos y cuarto, bajo la presidencia del Sr. Rivero.

Leída el acta de la anterior, fué aprobada. Continúa la discusión pendiente acerca del dictamen de la comisión para que se abra una información parlamentaria para descubrir el paradero de las alhajas de la corona.

El señor ministro de Hacienda hace uso de la palabra, confesando que a él corresponde la responsabilidad del presente debate.

Dice que si los señores diputados que han combatido el dictamen, lo que se han propuesto ha sido defender damas que están en la desgracia, su conducta ha sido noble e hidalga, que semejante papel es simpático y caballeresco; pero que hay posiciones en que los hombres tienen la obligación de acusar y que semejante deber no es menos noble puesto que cumplidos caballeros que visten honrosa toga tienen en la sociedad esta misión.

Dice que respecto a la cuestión de alhajas, el Sr. Cánovas no hizo otra cosa que reproducir argumentos del Sr. Elduayen, pero que en su apostrofe final relativo a política estuvo a más de elocuente, sabio.

Dice que antes de entrar en materia quiere hacerse cargo de un incidente de la discusión, y es que ha creído entender que el Sr. Cánovas suponía que él había querido ofender a los señores que habían sido ministros o empleados de la monarquía pasada, y que quiere declarar que a ningún ministro de las administraciones pasadas ni a González Brabo envuelve en el delito que se trata de perseguir.

Que se le ha acusado de haber dirigido palabras duras a una señora, pero que él se había inspirado en la literatura de doña María Cristina, que terminantemente decía que se habían roto por los franceses.

Dice que bajo el punto de vista de doña Isabel y doña María Cristina, claro es que ellas no considerarán que han robado las alhajas, porque ellas creen de buena fé que España entera les pertenece, y que a habérsela podido llevar entera se la hubieran llevado.

Entrando en la cuestión dice que lo indudable es que ha habido vínculo y alhajas y que este vínculo se quiere hacer desaparecer con un motivo o con otro, que el Sr. Cánovas ha querido suponer que este vínculo no existía en la época de Felipe II, y para probar que si lee unas cláusulas del testamento de dicho rey en que vincula una flor de lis y un leguon crucis. Dice que el vínculo existía, pues, y que Carlos III le renueva aumentando otras alhajas (para probarlo da lectura de varios pasajes del testamento de este señor).

Dice que no cree que cuando la invasión de los franceses desaparecieron todas las alhajas, por que consta que fueron devueltas a España por Carlos IV y María Luisa, por valor de ocho millones. Dice que esta es la primera partida con que va a empezar la cuenta, hasta llegar a la cantidad de cien millones que dijo el primer día, y de la que parece que algunos se han asustado.

Y termino diciendo que en toda esta cuestión de las joyas él había hecho lo que debía ocupando el puesto que ocupaba. (Aplausos).

El Sr. Elduayen rectificó, diciendo que el señor Figuerola no había apreciado sus palabras ni sus conceptos, como lo había demostrado en su discurso.

Recordó, que él no dijo que no hubiese joyas vinculadas, sino que no las había en el número y con el valor que se suponía.

Dijo, que las dos letras, R. C. que había observado el Sr. Figuerola en algunas joyas, no significaba real corona, como creía, sino real casa; lo cual no es lo mismo, puesto que tales iniciales las tenían los objetos de propiedad privada del monarca.

El museo del Prado no se fundó en tiempo de Carlos III y si en el de Fernando VII, y en el primer catálogo de 1824 se dice que los cuadros que allí había son de propiedad particular de Fernando VII. De todos modos, doña Isabel de Borbon había dado este museo a la nación después de gastar en él 30.000.000 de rs. de su peculio particular.

Negó que la cuenta de alhajas hecha por el señor Figuerola fuese exacta.

El señor ministro de Hacienda rectificó, asegurando que los que hicieron el inventario de las alhajas entregadas al rey José, dicen que las letras R. C. significaban real corona.

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO. No tengo derecho de contestar al discurso del Sr. Figuerola, y tanto lo necesito hacer después de la vigorosa réplica del Sr. Elduayen: voy, pues, a concretarme estrechamente a rectificar.

He dicho que estaba dispuesto a cubrir con mi responsabilidad todos los actos que han tenido lugar en el tiempo que he sido ministro, y entre los cuales se encuentran algunos muy tristes a que S. S. ha hecho referencia; y siento que se hayan citado, porque fácilmente se comprenderá que si entráramos en esos recuerdos, algunos podrían hacerse que serían molestos a los que se sientan en esos bancos; pero yo creo que su señoría no ha querido dirigir un ataque con eso, si bien lamento que haya podido pensar por un momento siquiera que pudiéramos ser capaces de descargar nuestra responsabilidad sobre la frente de una señora desgraciada. Baste de esto, pues S. S. ha dicho ya que no quería provocar este debate, y con lo dicho queda a salvo la dignidad de aquel Gobierno y de los que le apoyaron.

Decía el Sr. Figuerola que el atacar a un monarca, una dinastía o todas las dinastías, no afectaba a la forma monárquica; pero yo diré a S. S. que si los que vivieron en otros tiempos infamaron a la casa de Austria, y en los presentes otros infamaron a la de Borbon, no hemos de buscar la dignidad de la monarquía ni en los almoravides, ni en los godos, y por consiguiente no quedarnos sin tradición monárquica.

Cuando yo he hablado de legitimidad, no he hablado de la de los reyes, sino de la institución;

y si fuera cierto que todas las dinastías habían procedido de la manera que se pretende decir, ¿qué levantar la monarquía? A esto podría conducir únicamente lo que sostiene el Sr. Figuerola. Por lo demás, por si lo hacían necesario las circunstancias de este debate, he tenido curiosidad de tomar algunos apuntes de lo que dicen diversos historiadores respecto a las diversas dinastías que se pretenden traer, y no hay una que no haya sido tanto o más diamada que la de Borbon. No se traiga, pues, al debate una cuestión de esta clase, porque nada hay más antipatriótico en las circunstancias actuales.

Respecto a la cuestión que se discute, poco tengo que decir; no tengo que hacer más que recoger un punto de vista de ella, sobre el cual ha pasado como sobre ascuas el Sr. Figuerola; la responsabilidad personal que puede haber en este asunto para la que fué reina de España y su hermano, o para la primera únicamente. Todo el cargo que el Sr. Figuerola ha dirigido a doña Isabel II, y el motivo por el cual ha separado su causa de la de su hermana, se funda en que, según S. S., la reina Isabel sabía que las joyas reservables que su madre le entregaba eran vinculadas.

Pues yo pregunto: si la reina Isabel creía que esas joyas estaban vinculadas, y por consiguiente pertenecían a la Corona, ¿por qué motivo increíble las partió con su hermana? En 1858, según la hipótesis de S. S., que las inventa maravillosas, la reina Isabel sabía que su madre tenía gran cantidad de alhajas que legítimamente estaban en su poder por pertenecer al vínculo de la corona, y añadía el Sr. Figuerola que en este concepto reclamó esas alhajas a su madre. Yo niego que hiciera tales reclamaciones en ese concepto; pero aun en ese supuesto, no se comprende por qué la reina Isabel demandaba esas joyas como de pertenencia de la corona, y cuando se las entregaba las parte con su hermana.

Resulta, pues, claramente probada la injusticia y la ligereza con que S. S. ha lanzado aquí ciertas acusaciones, y por ellas pueden juzgar los señores diputados de la que habrá cometido S. S. en la cita de los documentos con que ha querido demostrar que doña María Cristina es culpable de abusos en los actos que se refieren a la testamentaria de su difunto esposo. Y no digo una palabra más, dejando al país que ha oído las palabras de S. S. y las nuestras, que juzgue nuestra conducta.

El señor ministro de HACIENDA: Yo también apelo al juicio del país; pero debo decir que no he tratado de imponer mi opinión a nadie, ni he dirigido inculpaciones a mis adversarios. Por lo demás, el Sr. Cánovas, que ha recogido las cuestiones políticas que le han parecido convenientes, ha abandonado en su defensa a doña María Cristina, haciendo solo la de la reina Isabel. El Sr. RODRÍGUEZ (D. Gabriel). ¿Quisiera evitarnos la molestia de oírme; pero la comisión tiene el deber de decir algunas palabras por cortesía a los que han tomado parte en este debate, aunque no han combatido el dictamen; y por una consideración política, porque las palabras del Sr. Cánovas pudieran hacer creer que aquí se ha entabiado el espíritu revolucionario.

Sobre la cuestión de alhajas, ¿qué he de decir yo? Los Sres. Cánovas y Elduayen sostienen que el Sr. Figuerola ha quedado victoriosamente contestado; y con la misma razón puedo yo decir lo contrario. Sin entrar a dar mi opinión definitiva en el asunto, creo que hay presunciones más que suficientes para que la Cámara unañime vote el dictamen de la comisión. (Los señores Ríos Rosas y Topeta piden la palabra.)

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Me levanto a pronunciar algunas palabras, penetrado de una profunda tristeza; porque triste es este debate, triste el espectáculo que hemos dado en estos días a la nación y a la Europa. Difiero completamente del juicio del señor ministro de Hacienda y de la comisión, tan elocuentemente expresado por mi amigo el Sr. Rodríguez, en cuyo talento, en cuyo criterio no esperaba ciertamente que abrigase una opinión, a mi parecer tan contraria a todo sentido político; no quiero decir a todo sentido común, porque respeto demasiado a su señoría para dejar de hacer justicia a su ilustración, aunque al firmar ese dictamen haya demostrado cierto género de inexperience que me duele en gran manera haber de notar en su señoría.

Yo no pensaba tomar parte en el debate, y probablemente no la hubiera tomado si no haber oído al Sr. Rodríguez que toda la mayoría votaría unañime el dictamen; no haber oído de sus labios que, en su opinión, este era un deber de toda la mayoría. Cuando el Sr. Rodríguez ha dicho eso, me he considerado en la necesidad de justificar lo que yo haré, lo que harán mis amigos los que se sientan en estos bancos. Nosotros no votaremos ni en pró ni en contra del dictamen: nos abstenemos de votar.

Señores: los reyes, las dinastías, las casas reales tienen su responsabilidad; tienen una responsabilidad que no está escrita en ningún Código; una responsabilidad grande, inmensa, tremenda, sangrienta. Esta responsabilidad es la que en las grandes crisis políticas, en los conflictos supremos, extraordinarios, raros, singulares de las naciones exigen y obtienen las revoluciones.

Cuando una dinastía se ha hecho incompatible con el pueblo que rige, cualquiera que sea el régimen por que se gobierne ese pueblo, cualquiera que sea el estado político de ese pueblo, cualquiera que sea el estado de civilización de ese pueblo, esas dinastías, fatal, necesaria, inevitablemente caen, esas dinastías deben caer. Esta es la responsabilidad que exigen y hacen efectiva las revoluciones. Pero fuera de esta responsabilidad, cuya justicia yo reconozco en la revolución de Setiembre, antes y después del trance postrero y por todo el tiempo en que han reinado, los reyes son inviolables. ¿Y sabéis lo que significa esta inviolabilidad? ¿Sabéis lo que quiere decir que los reyes son inviolables? ¿Sabéis el sentido de este principio constitucional?

Si esto es verdad, si esto es así; cuando el señor ministro de Hacienda ha planteado la cuestión que ha tenido por conveniente plantear, ¿qué ha hecho? S. S. lo ha dicho. Ha acusado a dos personas reales, de que por las funciones que estaban investidas, y por los actos que ejercieron en el país, fueron inviolables, y respecto de cuya conducta en el ejercicio de esas funciones, y en la perpetración de esos actos, no ha tenido el señor ministro de Hacienda más que un derecho: derecho terrible el que S. S. y todos vosotros habéis ejercido.

Pero el señor ministro de Hacienda ha ido más allá; porque como decía antes y no cumple re-

petir ahora, ha planteado una acusación contra dos personas reales que eran inviolables antes de caer, que son inviolables después de caer, respecto a los actos que perpetraron antes de haber caído, y contra los cuales no existe ni puede exigirse más responsabilidad que la deposición, la destitución, la proscripción; la sentencia una, única, indivisible, irreiterable del pueblo, el fallo de la nación, el fallo de la revolución. Y ante esa tremenda responsabilidad, ¿qué puede significar esa responsabilidad pequeña, esa responsabilidad mezquina, esa responsabilidad raquítica, esa responsabilidad vengativa, esa responsabilidad rencorosa; qué puede significar? Yo se lo diré al Sr. Rodríguez. Puede restablecer el prestigio de las personas acusadas, con la impiedad del odio, con el lujo de la persecución, con la aureola del martirio; puede empujarse a esta Asamblea por tantos enemigos y por diversos lados acachada y combatida; puede amenguar la autoridad moral de estas Cortes, que son el único poder, la única legalidad, la única áncora de la revolución; puede agravar, ofender, rebajar el carácter moral de un gran pueblo. Esto es lo que puede significar, lo que significará la responsabilidad que estáis construyendo.

El día que el Sr. Rodríguez, si lo cree conveniente a la revolución, traiga una ley de exclusión contra la línea prosrita, deliberaremos sobre este acto político. Yo, por mi cuenta y la de mis amigos, puedo decir, abundando en esto perfectamente con el sentido del Sr. Rodríguez, yo puedo decir y asegurar que si las revoluciones son grandes males, pero males necesarios y bienes relativos, la revolución de Setiembre, a mis ojos y a los de mis amigos, ha sido un gran bien relativo. Pero si todas las revoluciones, miradas aisladamente y en relación a las circunstancias del país que las hace, y sin tener en cuenta los motivos que las producen, son grandes males, la peor de las revoluciones es la contra-revolución, es la restauración; y si el Sr. Rodríguez no se apresura a tomarse la delantera, no solo me hallará a su lado, sino que tal vez me encontrará delante de él para oponerme a todo género de restauración (Bien, bien); para oponerme a toda restauración de la infortunada línea recientemente prosrita, que ha ido a buscar un asilo al otro lado del Pirineo.

No sé explicarme el ruido que he oído. ¿Es que no satisface lo que he dicho? (Varios señores diputados: Sí, sí.)

De manera que no podemos votar en pró, porque esto sería tanto como reconocer la competencia de las Cortes para proceder en esta materia; porque esto sería creer que hay términos hábiles para que esta Cámara soberana inicie un juicio de acusación contra las reales personas prosritas. Y si por esto no damos un voto favorable, por la misma razón no podemos dar un voto contrario.

Y si yo votase en pró de esa proposición, entraría en ese camino en el que no quiero entrar y no entraré, y en el que no quieren entrar mis amigos. Somos conservadores liberales; pero aunque yo me sentase en la extrema izquierda de esta mayoría, opinaría exactamente lo mismo que opino ahora sentándose en el centro.

El Sr. CANOVAS DEL CASTILLO: Voy únicamente a decir, que como no he pensado involucrar con este debate ningún otro de carácter político, dejo sin contestar las afirmaciones del Sr. Rodríguez, ni en uno ni en otro sentido, reservándome hacerlo si se presenta ocasión oportuna. Deseo solamente que conste esto.

El Sr. TOPETA: He pedido la palabra cuando he oído decir al Sr. Rodríguez que todos los individuos de la mayoría votarían este dictamen; y como en efecto yo pienso dar mi voto afirmativo, deseo explicarlo.

Se ha querido, señores, presentar el hecho que motiva este debate como una justificación de la revolución de Setiembre; y yo creo que no hay motivo alguno para esto, pues esa revolución se justificaba sólo por las causas políticas que la motivaron, y en este sentido me uní a los señores Prim y Serrano para hacerla.

Yo creo que las cuentas de un monarca quedan saldadas desde el momento que el pueblo dice que está de más en su puesto y que tiene que marchar al destierro. Pero yo que tal vez soy el más comprometido en oponerme a la restauración de doña Isabel o del príncipe Alfonso, no puedo menos de guardar las consideraciones que se merece la legracia, y voy a votar este dictamen para que se haga la luz en este asunto, esperando que de él saldrán inocentes las personas sobre quienes se quiere hacer recaer esas sospechas.

Puesto a votación el dictamen de la comisión fué aprobado por 120 votos contra cinco que fueron los Sres. Cánovas, Elduayen, Bugallal, Barreiro y marqués de Figuerola.

Los tradicionalistas se han abstenido. Se levantó la sesión. Eran las ocho.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la agencia Fabra.)

PARIS, 15.—La discusión de las actas, según lo que se asegura hoy en los pasillos de Cuerpo legislativo, concluirá en los primeros días de la próxima semana, y antes de las vacaciones de la fiesta de Páscoa.

El buque *Noel* que se perdió en el mar Rojo, pertenecía a la matrícula de Burdeos, y no a la marina de Guerra como se ha dicho equivocadamente.

El proyecto de empréstito para asegurar el éxito de la apertura del canal de Suez, ha sido recibido con bastante desconfianza por los bolshistas.

TRIESTE, 15.—Siguen los preparativos en gran escala para atacar rigurosamente a los Dalmatas. Tanto en esta ciudad como en el puerto de Fiume han entrado esta mañana varios regimientos de infantería.

PARIS, 15.—Dice el *Gaulois* que ayer fueron embargadas en Bayona armas pertenecientes a los carlistas.

BERLIN, 15.—En un banquete el rey brindó al emperador de Rusia, que le ha conferido el orden de San Jorge, pronunciando palabras muy amistosas.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 16 DE DICIEMBRE DE 1869.

LA HABILIDAD DE LA EPOCA.

La Epoca es un periódico que pasa generalmente por hábil; pero tiene la desgracia de saberlo, y la conciencia de su superioridad la lleva demasiado a querer divertirse con la sencillez y buena fe de los que siendo menos diestros, somos más francos y leales en nuestros argumentos.

Aquel sofisma que los dialécticos llamaban *mutatio medii*, y ahora se llama escapar por la tangente, es un arma que pocos saben manejar como el diario conservador liberal. En la polémica suele atacar al adversario, no por el cuerpo del discurso, sino por el punto en donde menos se le temía, cogerse a un incidente, y descargando allí el peso de su gran erudición y de sus magisterios períodos oratorios, le deja no tanto vencido como asombrado. Si se le replica no hace caso; aunque se le conteste vuelve a preguntar, y en conociendo que está en mal terreno sabe apartarse a lugar más seguro tan disimuladamente, que el enemigo que la sigue inexperto se encuentra en otro campo sin haberlo advertido.

El abuso que de estas facultades hace *La Epoca*, la pondrían frecuentemente en graves compromisos, ó la harían caer en el ridículo, si en las discusiones periodísticas se acostumbrara copiar los artículos á que se contesta.

No se ofenda nuestro colega, y sea él juez en causa propia; ¿se habría atrevido á publicar el artículo que nos dedica en la noche del martes, si sus lectores hubiesen leído el nuestro del viernes último?

Nosotros escribíamos, sin acordarnos de *La Epoca*, sobre la necesidad, que creemos grave y urgente, de crear escuelas católicas para contrarrestar la pésima influencia de las protestantes abiertas en diferentes puntos, y de las oficiales en las que tienen acceso los profesores de cualquiera religión, y hasta los que hacen gala de no profesar ninguna. Como este mal, en cuanto á lo último data de la época en que los legisladores sobre instrucción pública, creyendo que era preciso *cambiar la sangre del cuerpo universitario y secularizar la enseñanza*, dieron entrada en ella á católicos que han muerto fuera de la Iglesia, y á otros que no osaron hablar de religión al que iba á ser presentado en el tribunal de Dios, nosotros hubimos de hacer alguna indicación en este sentido, guardándonos sin embargo de evocar recuerdos aflictivos y de citar hechos cuya relación no era de nuestro intento.

Entonces *La Epoca* se presentó á defender el sistema que apenas habíamos atacado. Nuestros lectores recordarán que *La Epoca* negaba la influencia de la educación pasada en los males presentes; que el plan de 1845 hubiese secularizado la enseñanza, aduciendo como prueba el que en todos los institutos había un profesor encargado de explicar religión é historia sagrada; y que, en todo caso, la culpa había sido de los Obispos, en cuyas manos pusieron los reglamentos y el concordato la vigilancia sobre la pureza de la doctrina en la cátedra y en el libro.

La primera negación de *La Epoca* era tan absurda que poco debimos hacer para probarlo. Hasta ahora, acaso á nadie más que á dicho periódico se ha ocurrido, afirmar que una generación no se resiente de la educación que ha recibido. Léanse todos los autores que se han ocupado en esta materia, desde los más antiguos á los más modernos, y se verá que unánimemente han dicho lo que Mr. Guizot: «al ver á una generación desarreglada, se pregunta luego, ¿por quién ha sido educada?» *La Epoca* lo habrá ya reconocido también así, puesto que en su último artículo guarda absoluto silencio sobre este extremo.

Por lo que toca á la segunda negación, nosotros afirmamos lo contrario que *La Epoca*, apoyados en el testimonio del autor mismo del reglamento de 1845, á quien dicho periódico desaira ciertamente, no atreviéndose á nombrarlo, ni siquiera á decir que nosotros lo hemos nombrado, en su último artículo. ¿Qué caso hace *La Epoca* de las palabras del Sr. Gil de Zárate? ¿A quién debemos atenernos para conocer la intención del legislador, á éste que la explica ó al comentador póstumo que la interpreta?

Llama nuestro colega *afirmaciones en verdad harto reparables* á las que hacíamos de no haber sido siempre eclesiástico el profesor de religión, y de que cuando lo era, iba á cátedra como empleado del Gobierno. *Reparables* son en verdad, porque destruyen todo el artículo primero del diario liberal; pero la primera afirmación consta en los reglamentos, que no han exigido siempre la circunstancia de ser Sacerdote el catedrático de religión, como antes aseguró *La Epoca*, ni la de ser doctor en teología, como afirma ahora, bastando el ser bachiller en esta facultad «por la Universidad», que rechazaba los grados conferidos en los seminarios bajo la inspección de los Obispos. Tanto es así, que hace cuatro años le fue-

ron recusados á un director de colegio privado de Madrid, para explicar aquella asignatura, un doctor en teología graduado en seminario y otro Sacerdote que tiene en casi todas las diócesis de España las licencias más extensas que dan los Prelados y varios privilegios pontificios, dándose la singular anomalía de que para sacar al director del apuro en que le ponía el secularizador reglamento, se le ofreciese el título de bachiller por la Universidad de un rector de *El Pueblo*, si mal no recordamos.

Por *reparable* que fuese esta primera afirmación, estábamos enterados cuando la hicimos; que no es costumbre en *El Pensamiento Español* afirmar sin estar seguros, ni exponerse á tener que retirar poco á poco y con disimulo la palabra empeñada.

La otra afirmación es, según *La Epoca*, «un tanto cuanto ofensiva á la honradez y a la catolicidad de los clérigos á quienes despiadadamente se alude.» Es cierto; pero el pensamiento no es nuestro sino del historiador de la instrucción en España; á quien *La Epoca* dispensa hoy tan poca consideración. Aquellos clérigos podían aceptar, y suponemos que aceptarían, el empleo con muy sana intención, acaso haciendo un sacrificio; mas eso no quita que fuesen á cátedra como empleados del Gobierno, que no pedía el acuerdo del Prelado.

Lo mismo debe decirse de los demás Sacerdotes que desempeñaron cátedras de otras asignaturas. Si se presentaban á oposición y la ganaban, ¿querría *La Epoca* que se la hubiesen negado porque eran eclesiásticos? La ley prescindía completamente de esta condición, y si la tenían no les consideraba más por esto; los tribunales, según el rumor público, en más de una ocasión hicieron diferencias desfavorables.

En resumen diremos, para no prolongar demasiado este artículo, que *La Epoca* hace caso omiso de todos los testimonios, incluso el suyo, que aducimos para probar que la enseñanza estaba mal, y que el Gobierno no atendía á las reclamaciones de los Obispos. Los lectores de *La Epoca* no podrán sospechar siquiera por su último artículo que para contestar al primero copiamos largos trozos del Sr. Gil de Zárate, de *El Retorno* y de la misma *Epoca*. Si algún lector ha visto por casualidad sus artículos y los nuestros habrá admirado sin duda la habilidad de *La Epoca* pero no podrá haberse enamorado de su leal proceder.

«Declaramos á EL PENSAMIENTO, que mientras no nos muestre un artículo del plan de 1845, ó de los que le precedieron hasta 1857, inclusa la ley de instrucción pública, en que se diga una sola palabra que tienda, no ya á negar, sino á poner en duda cualquiera de los dogmas de la Iglesia católica... estaremos en nuestro derecho, etc.» Así se despide *La Epoca*. Manténgase en su derecho, y Dios la ilumine para conocer mejor las materias que trae entre manos. ¿Sabe *La Epoca* lo que son dogmas? ¿Sabría cómo hacer consar la negación de estos en una ley ó reglamento? ¿No es irreligioso y malo para *La Epoca* sino el negar los dogmas?

No queremos acometer nuevas contiendas con quien así se sale de la presente; que si quisiéramos le preguntáramos cómo pueden compaginarse el dogma de la autoridad episcopal con la disposición de la ley, que comete el juicio de las doctrinas que se enseñan al Consejo de Instrucción pública, compuesto de personas nombradas únicamente por el gobierno civil, y con la explicación asesorada que de la ley hicieron los periódicos ministeriales, según digimos citando textos en el artículo anterior.

Desengáñese *La Epoca*: está en mal terreno. Los ministros de Instrucción pública que hicieron los reglamentos, y las Cortes que votaron la ley, pueden haber tenido una buena intención, que no disputamos; pero la ley y los reglamentos todos de estos últimos años eran *secularizadores*, anti-eclesiásticos, y al menos poco católicos. Ha habido catedráticos malos, y los ha habido por fortuna en número mayor, buenos; ha habido algunos eclesiásticos excelentes desempeñando cátedras; mas la ley prescindía de estas condiciones, admitiendo igualmente á unos que á otros. No queremos citar nombres propios, y sentiríamos que *La Epoca* nos lo pidiese.

APRENDAN LOS REYES LIBERALES.

Ejemplo y enseñanza para los reyes constitucionales es lo que ha pasado y está pasando en España desde la revolución de Setiembre. Insaciables ambiciones crecen á la sombra de esas monarquías, y el triunfo de los partidos y las mayorías de los parlamentos y el cambio constante de sistemas y de política son fuego devorador que atiza las pasiones en vez de calmarlas; hasta que llega un día en que las ambiciones se desencadenan, derribando como torrente destructor los tronos carcomidos por el liberalismo. Entonces no se ven más que odio y baldón por todas partes; los pueblos se agitan violentos, y nunca vuelven los ojos á lo que desapareció débilmente envuelto en ignominia.

No hay en la historia moderna ejemplo de que se haya levantado una monarquía así

derribada. Cayó el primer Napoleon, pero cayó con grandeza, á impulsos de un mundo conjurado contra su poder, y Francia, más tarde, ha visto en el sólo á un individuo de la familia de aquel hombre extraordinario. Jamás hubiera sucedido esto, si Bonaparte hubiese caído como ha caído Isabel II. Esta infortunada reina, que casi siempre fué instrumento de las ambiciones revolucionarias, ha ido á llorar en extranjero suelo sus desventuras, al son horrible de los insultos y denuestos de sus antiguos servidores.

¿Qué ha dejado en pos de sí? La compasión en el pueblo generoso, el odio en los corazones revolucionarios, la hiel en los hombres que recibieron de ella mercedes y favores sin cuento. ¿Puede darse mayor prueba de que la majestad real no ha de ser juguete del liberalismo, si quiere conservar su prestigio aun en la desgracia?

Cuando el pueblo español hace siete lustros se levantó aclamando á D. Carlos contra la revolución, vióse un fenómeno singular, que dura todavía, y que está diciendo que la verdadera grandeza y la verdadera monarquía son siempre amadas y respetadas. D. Carlos no subió al trono, es verdad; sucesos sobre los que la historia dictará su fallo severo, fueron parte principalísima á que se malograra aquella heroica lucha; pero D. Carlos fué al destierro acompañado de un ejército fiel, y seguido de una legión de leales y valientes, cuya constancia es admirable espectáculo en la sociedad corrompida. Los descendientes del proscrito, pobres y menesterosos muchas veces, han estado rodeados de la aureola del heroísmo, más aún que de la desgracia; y después de treinta años de silencio y amargura, el pueblo español ha vuelto los ojos á esa familia ilustre, con el mismo amor, con la misma fe que antes tenía.

En tanto, la dinastía derrocada en Setiembre, y que hasta entonces había sido servida y adulada por los revolucionarios y servidora de ellos al mismo tiempo, se ve deshonrada y escarnecida, sin que haya apenas una voz que se levante en su defensa, y una miserable revolución se ceba en su desgracia.

Y no ha terminado todavía tan repugnante espectáculo: ayer el ministro de Hacienda, constituyéndose en fiscal, según manifestó, repitió los cargos que anteriormente había lanzado contra doña María Cristina y doña Isabel, ratificándose en todos ellos; y como esto no fuera bastante, juzgó actos importantísimos de su vida privada de una manera verdaderamente cruel.

¿Quién había de atreverse á levantar bandera por esas señoras ó su descendencia, por más que el ministro acusador desempeñara un tristísimo y nada envidiable papel? Así fué que cuando el Sr. Ríos Rosas, jefe del partido liberal conservador de la Cámara, tomó parte en el debate defendiendo en cierta manera á las dos reinas de los cargos que se les hacían, dijo explícita y categóricamente que aunque sean un mal las revoluciones, jamás él tratará de restaurar nada de lo caído, siendo por el contrario el primero que está dispuesto á combatir si se presenta. Este anatema de la rama de doña Isabel, lanzado por el jefe de la unión liberal, fué, como era de suponer, acogido con aplausos por la Cámara revolucionaria.

No pequeño resultado han tenido los últimos repugnantes debates sobre la vida y actos de las dos infortunadas princesas: ellos han contribuido á que el pueblo español deteste á los revolucionarios, viendo su ingratitude y ensañamiento, y haciéndole conocer más y más lo que son los hombres, doctrinas y sistemas liberales; han demostrado que la generosidad y la hidalguía viven en el corazón del partido carlista, que es la esperanza de nuestra regeneración, porque la dinastía derrocada en Setiembre ha pasado para no volver, dejando únicamente, como antes decíamos, compasión y respeto en los verdaderos católico-monárquicos, odio y desprecio en los revolucionarios.

En su *Crónica parlamentaria*, *La Iberia* de hoy censura al Sr. Ortiz de Pinedo, director general de los bienes del Patrimonio, porque no ha tomado parte en la curiosa discusión de las alhajas, cuando debe ser uno de los más ilustrados en esta cuestión.

Le dice el periódico progresista que ni las consideraciones de partido (el Sr. Pinedo es unionista), ni otras cualesquiera pueden dispensarle de hablar en semejante asunto, cuyos principales antecedentes están en el departamento de su dirección. Cualquiera diría que estas observaciones de *La Iberia* son hijas de su vehemente deseo de dilucidar la cuestión de las alhajas, ó bien tienen por objeto mortificar á un individuo de la unión liberal... Pues no es esto precisamente. La causa íntima de tales observaciones la advinaron nuestros lectores en las siguientes líneas que copiamos de un periódico:

«Se dice en algunos círculos políticos que el señor Abascal será nombrado de un momento á otro, director general de los bienes que quedan de lo que fué patrimonio de la Corona. También se asegura que *La Iberia* cederá un tanto en la guerra sin tregua que viene haciendo á la coalición.»

¿Saben Vds. quién es el Sr. Abascal, que piensa sustituir al Sr. Ortiz de Pinedo?

Pues el Sr. Abascal es el propietario de *La Iberia*. *El facta est tua.*

Un periódico liberal nos dá la noticia de que á la dirección de Instrucción pública han llegado las fotografías de algunas alhajas sagradas que alguien empeñó en Cartagena en la cantidad de 4,000 rs., y que fueron descubiertas cuando se llevó á cabo la incautación.

El periódico liberal nos traslada á los católicos esta noticia, y nos pregunta qué nos parece de los malversadores de los *caudales de Dios*.

Vamos á darle una respuesta satisfactoria.

Es evidente que el que se apodera de lo ajeno es ladrón. Doctrina corriente en todos los tiempos, y explanada con cierta luz en las Cortes por el Sr. Figuerola no hace muchos días.

Es indudable que el que se apodera de los *caudales de Dios* (así dice el periódico liberal), es además de ladrón, sacrilego.

Luego el que se haya incautado de las mencionadas alhajas para empeñarlas, es un ladrón sacrilego, como lo será quien tenga en su poder las alhajas de Toledo, contra la voluntad de su dueño, de las cuales no hemos podido tener una noticia exacta, á pesar de nuestras reiteradas instancias por que se aclarase este asunto.

Del hecho denunciado por el periódico liberal, vamos á elevarnos á la región de las doctrinas. Hagamos otro silogismo.

Es indudable que el que se apodera de los *caudales de Dios* es un ladrón sacrilego.

Es indudable que los liberales dicen que el Estado tiene derecho á *incautarse* de los *caudales de Dios*.

Luego los liberales defienden el *latrocinio sacrilego* del Estado.

Ahora, por si el diario liberal á quien contestamos, ha tratado de inferir alguna injuria á los católicos en lo del empeño de las alhajas de Cartagena, le recordaremos que ayer el Sr. Figuerola hizo justicia á la piedad de los fieles que salvó de la rapacidad francesa muchas joyas y preciosidades religiosas. Lo mismo que entonces, ha sucedido después; solo que los rapaces no han sido franceses sino españoles patriotas, contra los cuales no ha podido resistir tanto la piedad de los fieles como contra los extranjeros.

Hágase, pues, la luz, como dice el periódico liberal, sobre el asunto de Cartagena. Pero una vez hecha tengan los liberales la buena fe de revelarla á todo el mundo, aunque les perjudique. No hagan lo que acostumbran: no vocen y exageren los pecados de los católicos, ni oculten mañosamente los crímenes de los liberales.

Por falta de espacio no pudimos ayer hacernos cargo de las siguientes líneas que publicaba *La Igualdad*:

«El insaciable Olózaga, que tiene un millón de reales de sueldo como embajador en París, á pesar de que sus antecesores solo disfrutaron la mitad de dicho sueldo, ó sea quinientos mil reales, y eso que no vivían tan estrechamente como aquel, ha dirigido á las Cortes y al Gobierno una exposición, pidiendo que se le asignen once mil quinientos escudos más (115,000 rs.), para pagar el hotel que ocupa la embajada.»

Es de advertir que dicho hotel estaba ya amueblado, decorado y provisto de todo lo necesario, como el palacio de un gran príncipe, cuando el Sr. Olózaga fué á la embajada, de modo que, si ahora el Estado paga, también el aquilón del hotel que habita, resultará que el millón de sueldo no tiene más destino que proveer á la burocracia y demás necesidades personalísimas del embajador anti-dinástico por excelencia.

Que el Sr. Olózaga era un *gourmand* de primera fuerza, ya es cosa averiguada, pero no era posible imaginar que llegara su voracidad presupuestiva hasta tan deplorable extremo. Damos traslado de las exigencias del progresista Sr. Olózaga al diario progresista *La Independencia*, que ayer se extrañaba de que las Religiosas arrependidas de esta corte estuviesen poco menos que muriendo de hambre. Lo extraño aquí es ya que como nadie devorando como devoran los revolucionarios. Nuestros lectores no pueden figurarse á dónde llega el apetito de estas gentes. Apenas en Madrid se habla de otra cosa que de fenómenos digestivos de algunos estómagos progresistas. Da verdaderas náuseas escuchar á cada momento relaciones de glotonería liberal, en las que se ha conocido, ni en España ni en el mundo. Cuéntase de los romanos que aderezaban con piedras preciosas hechas polvo sus manjares: nuestros revolucionarios dejan muy atrás á los romanos, pues se tragan el oro en monedas de cinco duros como si fuesen píldoras de Holloway.

Hoy un destino de 30,000 ó más reales se dá á un operario de una imprenta liberal, hoy una indemnización por anticipos á la *gloriosa*, es la renta que en otro tiempo disfrutaba un grande de España, hoy en fin, es la época de los señores progresistas, y forzoso es confesar que la aprovechan.

Falta que á ellos aproveche lo mucho que devoran, que lo dudamos, porque la vida de los glotoneros es corta, y suele acabar de muy mala manera.

Dice *La Igualdad*:

«¿Por qué no se vendan todas las existencias de las caballerías que fueron reales? ¿Se reservan acaso para el rey que vendrá? ¿O es que se destinan al servicio particular de los que le esperan, con la firme creencia de que no ha de venir?»

Por Dios, señores muñidores patrimoniales, que eso es abusar ya demasiado de la buena fe y de la paciencia de los contribuyentes.

Desengáñese *La Igualdad*; si se abusa demasiado de la buena fe y de la paciencia de los contribuyentes, algo habrán hecho y harán los contribuyentes para merecer ese castigo.

Las Cortes, periódico riverista, viene hoy muy alarmado por las palabras que ayer pronunció el Sr. Ríos y Rosas afirmando que los reyes eran inviolables antes y después de caer en aquellos actos anteriores á su caída.

Esta teoría del perpetuo disidente, del sistemático contrariador de todas las ideas, parece tan reaccionaria, tan absolutista á *Las Cortes*, que le falta aliento para excitar

á grandes voces á los diputados revolucionarios á que protesten contra afirmaciones tan liberalmente heréticas.

Nada importa, dice el diario monárquico-democrático, que el Sr. Ríos y Rosas empeñe su palabra de que él será el primero que vaya á combatir la restauración de doña Isabel ó de su hijo, si sostiene teorías tan reaccionarias con las cuales, sea cualquiera el rey que venga, la libertad habrá perecido.

Nosotros que no entendemos la inviolabilidad del monarca á la manera del Sr. Ríos y Rosas, creemos, sin embargo, que *Las Cortes* no debe llamarse periódico monárquico si quita al soberano de un país cierta inviolabilidad, aunque sea la inviolabilidad sarcástica que le conceden con por miseria cordia las Constituciones modernas.

¿Qué especie de rey desea *Las Cortes*? ¿Uno que no pueste sin pedir permiso á Rivero, á Figuerola, ó al último individuo de las Cortes soberanas, y que si pueste *motu proprio*, sufra una reprimenda la primera vez y una azotaina pública cuando reincida, como solía hacerse en otros tiempos con ciertos malhechores? Pues entonces váyase el periódico democrático con los republicanos y deje de abogar por esas farsas monárquicas que á nadie seducen porque todo el mundo sabe lo que hay tras ellas.

En cuanto á las palabras del Sr. Ríos y Rosas, tranquilícese *Las Cortes*: el día menos pensado saldrá este señor sosteniendo que la persona humana es inviolable, pero los reyes no, porque no son personas humanas.

Al Sr. Ríos y Rosas se le debe oír siempre como se oye llover.

Verdad es que grita de tal modo que hasta los sordos le oyen.

Damos el pésame á *El Puente de Alcolea*, *El Universal* y demás periódicos patriotas que con liberal desinterés excitaban al Sr. Elduayen á que dejara el puesto de Consejero de Estado.

Según dice *La Política*, el Sr. Elduayen no es tal Consejero de Estado. De suerte, que por ese lado no hay nada que esperar.

Si los diarios primeramente nombrados se hubiesen tomado el trabajo de mirar la *Guía de forasteros*, es de creer que no hubieran atacado con tanto encarnizamiento el discurso del supuesto Consejero de Estado.

El Imparcial, en su crónica de la sesión de Cortes de ayer, dice que no ha entendido muy bien *ni en su espíritu ni en su forma* (¿entiendes Fabio?) las palabras pronunciadas por el Sr. Ríos Rosas.

No es extraño. Desde que *El Imparcial* se ha hecho diario ministerialísimo, tiene entendaderas progresistas.

Leemos en *El Conservador*:

«Se asegura por personas que deben estar bien informadas, que en atención á la actitud que al parecer va tomando de nuevo el partido carlista, se ha expedido una circular reservada á los gobernadores de las provincias, haciéndoles recomendaciones de cierta gravedad.»

Hé aquí una noticia, que aun prescindiendo de la actitud del partido carlista, la misma hoy que siempre, debe de ser exacta. Poco, sin embargo, nos importa si los carlistas dan pruebas de prudencia. A nadie más que á ellos interesa. Es preciso aguantar y aguantar mucho; saquemos de lo pasado reglas de conducta para lo porvenir. El conjunto de iniquidades que los revolucionarios han hecho con nosotros de un año á esta parte, debe convencer al más entusiasta de la necesidad de evitar, no ya la ocasión, sino todo pretexto para que nuestros adversarios se ensañen con nosotros. Un carlista preso supone poco menos que la ruina de una familia, y es doloroso que por una imprudencia, por un descuido, por un pueril desahogo, se arruine toda una familia y pierda la causa un miembro útil. Paciencia, pues, que con paciencia y discreción tenemos andado, á no dudarlo, más de la mitad del camino del triunfo.

En un periódico moderado leemos las siguientes líneas:

«Desearíamos que nos dijeran nuestros colegas ministeriales, sin embargo de que su silencio á nuestras preguntas va picando ya en historia, si es cierto que el ministro de la Guerra ha llamado por telégrafo á algunos capitanes generales.»

Según la crónica ocurren cosas graves, MUY GRAVES.

¿Si habrá llegado la hora de dar el célebre salto?

«Estamos empezando la más grandiosa de las revoluciones,» exclama hoy un periódico.

Gracias á que el periódico que esto dice es progresista, de otra suerte era cosa de emigrar de España por no ver el medio y el fin de la revolución más grandiosa de todas las revoluciones.

La Igualdad dice que los *cimbrios*, á quien se atribuye el propósito de aliarse con la unión liberal, serían capaces de irse hasta con Cabrera si les trajera cuenta.

¿Ya lo creéis se irían los *cimbrios* con Cabrera, pero convengamos en que no faltarian otros liberales que les acompañaran.

Leemos en *La Epoca*:

«Circula entre los legitimistas de París un manifiesto carlista, impreso en idioma francés, según el cual el duque de Madrid declara terminantemente que se presenta candidato al trono español, sometiendo á un plebiscito.»

El duque de Madrid está en su derecho presentando su candidatura, y al fin y al cabo es español. Y nosotros podemos disentir en cuanto á la persona; pero respecto del plebiscito, estamos enteramente de acuerdo: es la única manera de salir del pantano.

La noticia del manifiesto carlista la hemos leído, como *La Epoca* probablemente, en un diario francés, y sin embargo no hemos querido dar cuenta de una cosa que la misma *Epoca* á poco que hubiera reflexionado hubiera comprendido que es á todas luces falsa.

Los reyes que tienen convencimiento de

su derecho y de su dignidad no pueden transigir jamás con la revolución. Esto se queda a lo menos para los príncipes de *media legitimidad*. Así es que bien puede *La Epoca*, si quiere tener bien enterados a sus lectores, asegurarnos que no hay tal manifiesto de D. Carlos sometiéndose a un plebiscito.

Esto no quiere decir que si el plebiscito se llevara a cabo por disposición de nuestros gobernantes, no resultara elegido por inmensa mayoría siempre que hubiera libertad para la emisión del sufragio, el señor D. Carlos VII. Recuerde *La Epoca* que esto vino a confesar en plena Asamblea el señor Ruiz Zorrilla.

Harto hemos hablado ya de la cuestión de las alhajas de la corona, que el Sr. Figuerola dice han sido robadas por doña María Cristina y doña Isabel. Sosteniendo el Sr. Cánovas que no ha habido semejante robo, dijo que gran parte de las alhajas a que se refiere el Sr. Figuerola las tiene la duquesa de Montpensier. No negó esto el ministro de Hacienda, antes bien lo confirmó; y ahora se nos ocurre, como ocurrirá a todo el mundo preguntarse: si las alhajas que tienen los duques de Montpensier proceden de un robo como afirma el Sr. Figuerola, ¿por qué no intenta contra ellos la acción civil reivindicatoria, aunque sean poseedores de buena fe? ¿Es la buena fe requisito bastante para adquirir el dominio?

El Sr. Figuerola tiene unas doctrinas jurídicas nunca oídas. Si las alhajas que doña Isabel regaló a su hermana eran suyas, ya sabe el Sr. Figuerola qué delito es afirmar que eran robadas: si no eran suyas, lo primero que debe hacerse es proceder al rescate de las alhajas que tienen los duques de Montpensier.

Mientras no haga esto el Sr. Figuerola, vano es que clame contra doña Cristina y doña Isabel.

Habiendo dicho el corresponsal que tiene *La Iberia* en Bayona en una de sus cartas, que el Sr. D. Santiago Lirio había prestado servicios a Maroto, este señor ha dirigido al citado periódico un comunicado, de que nos envía copia, en el cual desmiente el hecho, asegurando que ni llegó a conocer personalmente al que fué general carlista, ni era posible que le prestase servicio alguno, puesto caso que a la sazón no era más que capitán, y no se ocupó en otra cosa que en batirse, al frente de su compañía, en defensa de los derechos del rey legítimo; ageno a las cuestiones políticas, que en su corda no podía comprender siquiera.

El comunicado del Sr. Lirio termina así:

«Y ya que tengo la pluma en la mano no la dejaré, sin decir cuatro palabras alusivas al objeto que se propone su corresponsal, que con tanta facilidad como intención, confunde constantemente personas, cosas y hechos.

Si la idea que se propone el corresponsal de *La Iberia* es la de introducir la discordia entre los carlistas, tendencia que se viene observando hace tiempo, pierda el suyo lastimosamente. Acostumbrado este partido a las asechanzas que sus enemigos le tienden, y aleccionado con la experiencia de sus desgracias, debidas también a su demasiada buena fe, está preparado a no dejarse sorprender.

Fuerte por su unión, respetado por su número, satisfecho con sus creencias políticas, no piensa en otra cosa que en el bien de la patria y en el triunfo de la causa de su legítimo rey don Carlos VII. Su voz es la única que escucha el partido carlista, y a ella obedece lleno de entusiasmo. El que otra cosa crea se engaña torpemente.

Si los males del país se agravan; si la situación de la nación exige el concurso del partido carlista para sacarla del caos en que se encuentra, entonces se le verá marchar como un soldado hacia este grande objeto.»

Haciendo días pasados *La Iberia* la crónica de la sesión, en que discutieron largamente los señores Castelar y Sagasta, dijo acerca del discurso del último, entre otras cosas, lo que sigue:

«Pintó con vivísimos y verdaderos colores el estado angustioso de perturbación en que habían puesto al país los carlistas y los republicanos, y, partiendo de ese hecho, justificó completamente todos los actos del Gobierno encaminados a curar la llaga social que amenazaba extenderse rápidamente por toda España, y que aquel había curado sin producir una sola lágrima ni verter una sola gota de sangre fuera de los combates, siempre dentro de las ideas más puras del liberalismo, y siendo generoso hasta lo inconcebible.»

Si *La Iberia* hubiese dicho lo que precede de cuenta propia, no nos hubiera llamado la atención, porque *La Iberia* tiene bastante frescura para decir eso y cualquier otra cosa parecida. Pero el caso es que eso lo ha dicho el ministro de la Gobernación a la faz de España y de Europa, horrorizadas con los fusilamientos de Monteleagre.

Sin embargo, algo más dijo el Sr. Sagasta, que sin duda por favorecer al general Prim ha llamado *La Iberia*. El ministro de la Gobernación explicó las órdenes contra los malhechores, dictadas por el ministro de la Guerra en julio último, diciendo que aquellas órdenes no se referían a los carlistas ni a los republicanos, sino a los ladrones y asesinos, a los que de noche sorprenden al vecino honrado y asaltan al caminante, a los que en los baños de Fuensanta, por ejemplo, asesinaron a los guardias civiles para matar después a los enfermos. Y añadió el Sr. Sagasta: «Entre las disposiciones adoptadas contra los malhechores se dictó una por el ministerio de la Guerra que pudo comprenderse y aplicarse mal a los carlistas.»

Semejante explicación no basta ni mucho menos para satisfacer a nadie, pero es menos irritante que aquellas arrogantes declaraciones de Prim cuando dijo: «Yo asumo la responsabilidad de los que el Sr. Vinader ha llamado asesinatos de Monteleagre y aseguro que en circunstancias iguales volveré a dictar las mismas órdenes.»

La contradicción entre los dichos de Prim y Sagasta es evidente. El uno dice que las órdenes del ministro de la Guerra no se referían a los carlistas, y que se entendieron y aplicaron mal; el ministro de la Guerra patrocinaba las órdenes, aprueba su aplicación, premia al que las aplicó contra los carlistas y promete volver a hacer lo mismo

en igual caso. ¡Qué armonía entre las declaraciones de los ministros!

Hemos dicho que la explicación de Sagasta no era satisfactoria ni mucho menos, y las razones de nuestro aserto no hay necesidad de expresarlas porque fácilmente se ocurren a cualquiera. Pero ¿en qué país civilizado se manda matar a los malhechores aunque sean ladrones y asesinos, sin formación de causa?

No es esto solo, el Sr. Sagasta, viniera o no a pelo nos dió la medida de su respeto a la legalidad, en las siguientes palabras:

«Ah, señores! ¡qué fácil es gobernar en períodos tranquilos, cuando las leyes imperan y todos las obedecen! Lo que en tales épocas se salen de la ley, son unos insensatos en elegir el camino de la arbitrariedad. Pero no puede hacerse lo mismo cuando la ley es solo freno para el que manda, entonces no hay regla fija para el gobernante, y no hay mas que una ley: la de salvar el país a todo trance.»

Es decir, que cuando un ciudadano quebranta la ley, el Gobierno se ha de defender quebrantándola también. ¡Oh dichoso sistema en que la ley se convierte en un contrato bilateral entre el Gobierno y los gobernados!

Notemos para concluir que ni el mismo González Bravo, ni ningún ministro moderado, que con tanta frecuencia nos hablaban del *salus populi suprema lex*, hallegado a interpretar jamás este principio excepcional de tan absurda manera como el señor Sagasta. «Otro vendrá que bueno me hará».

En uno de nuestros últimos números verían nuestros lectores la parte del mensaje presentado al Congreso de los Estados Unidos, que se refiere a la insurrección de Cuba, del cual nos dió el telegrafo cuenta en extracto. La falta de espacio nos ha impedido insertarlo antes; así como la espontaneidad con que nacen de aquel documento las consideraciones que interesan a España, ha sido parte para que no nos apresuremos a escribir un artículo acerca del mensaje del general Grant.

Ciertamente, nada de lo que dice el presidente de los Estados Unidos ha debido coger de nuevas a los españoles. Lo que dice es lo que todos debíamos esperar que dijese, y lo que se desprende de sus palabras en cuanto a la futura conducta de la gran república respecto a Cuba, es bastante expresivo.

El presidente de los Estados Unidos aplica sin rebozo el principio de Monroe, «América para los americanos», al conflicto hispano-cubano, y no oculta su intención de seguirlo aplicando en lo sucesivo, cuando dice que las colonias americanas no pueden ser objeto de transacciones entre naciones europeas.

Más de una vez hemos hablado del caso que debe hacerse de las seguridades que algunos periódicos han tenido la complacencia de darnos, respecto a la actitud del Gobierno de Washington y de la manera que deben entenderse esas seguridades. No diremos que los Estados Unidos falten, al menos descaradamente, a las leyes de neutralidad; pero ya lo sabemos, su Gobierno juzgará del momento oportuno para reconocer como beligerantes a los insurrectos de Cuba. Para evitar ese trabajo a los norteamericanos, no hay más que un medio: sofocar cuanto antes la insurrección de aquella Antilla. ¿Toma para esto el Gobierno español absolutamente todas las medidas adecuadas?

Nuestros lectores saben ya nuestra opinión en la materia.

Un Gobierno liberal nacido de la insurrección, no es el más a propósito para sofocar otra insurrección llevada a cabo al grito de libertad.

Según dice un periódico, ha sido elevada a plenario uno de estos días, la causa que se sigue por el juzgado de Torrijos a D. Lucio Dueñas, Cura párroco de Alcañón y otros, por conspiración carlista. Parece que el promotor fiscal pide para dicho señor párroco veinte años de cadena y para su secretario la absolución.

Hace observar *El Pueblo*:

«El corresponsal que un periódico liberal tiene en Bayona le dice que los señores duque de Módena y conde de Chambord, tios respectivamente del Sr. D. Carlos VII y de su augusta esposa, tienen depositados cuarenta millones (no dice si de francos ó de reales) en París; pero añade que el general Cabrera no podrá disponer de ellos hasta tanto que no posea una fortaleza de primer orden ó un núcleo de ejército.»

Seguimos el infructuoso sistema de preguntas, hoy en boga, hace *La Integridad* la siguiente:

«Es cierto que se ha creado una plaza dotada con 18,000 rs. en el Consejo de reenganches y redención por no poder expulsar a alguno de los que se hallan en dicho ramo como acreedores al cargo que desempeñan, sólo por atender a las exigencias de quien se titule revolucionario?»

Probablemente obtendrá esta pregunta como todas las de su linaje, la llamada por respuesta.

Como nosotros dijimos algo hace unos días sobre el inconveniente proceder de la autoridad municipal de Liria, en vista de las noticias publicadas por algunos periódicos, no tenemos inconveniente en rectificar las que dimos sobre el particular, al ver que *La Regeneración*, uno de los periódicos a que nos referimos, manifiesta, mejor informada, no ser ciertos los hechos censurados. A cada cual lo suyo.

Con motivo de haber sido restablecidas las garantías individuales, ha publicado el gobernador de Madrid un bando trazando a los habitantes de esta capital su futura conducta, que debe ser nada fuera de la Constitución y todo dentro de ella. Aquí se encierra todo su problema que las masas inconscientes, como ahora se dice, solo saben resolver en un sentido siempre opuesto al del Gobierno.

Según relación oficial, la deuda flotante importaba en 1.º de Noviembre 25.041,186 escudos; ha sufrido durante el ejercicio económico del citado mes el aumento de 4.321,988, y la disminución de 9.688,104; quedando reducida en 1.º de Diciembre a 22.375,073 escudos.

Del movimiento de la Caja general de Depósitos en la primera semana de Noviembre último, resulta haberse recibido por cuenta nueva 138.713 escudos 900 milésimas, devolviéndose 30.141.584 escudos 715 milésimas, y quedando una existen-

cia de 3.216.611 escudos 202 milésimas. Los ingresos por cuenta antigua importaron 31.630.648 escudos 353 milésimas, las devoluciones 1.618.509 escudos 748 milésimas, siendo el saldo de 15.866.887 escudos 447 milésimas. Los ingresos por depósitos en efectos públicos importaron 5.008.807 escudos 182 milésimas, las devoluciones 2.690.970 escudos 207 milésimas, quedando una existencia de 267.958.557 escudos 754 milésimas.

La municipalidad de Almería ha inventado un medio original para no gravar a sus vecinos y hacer que los forasteros contribuyan a llenar el vacío que dejó en sus arcas la abolición de los consumos. Acordándose de que Almería es un puerto de mar, ha establecido una *aduanas* y grava con su derecho las mercancías que van de tránsito a embarcarse en el puerto. ¿Qué le parecerá al Sr. Sagasta de este rasgo de ingenio? Bien merece una gran cruz.

La abundancia de moneda falsa está produciendo en Barcelona gravísimos disgustos, habiendo ocurrido recientemente serios altercados en los mercados de aquella capital con motivo de la admisión de la moneda decimal por la dificultad de distinguir la verdadera de la falsa.

Según *La Igualdad*, además del Sr. Calderón y Hereu, son varios los diputados provinciales que han renunciado sus cargos, mal conferidos por el Gobierno, mientras cuatro ó cinco ex-patriotas, bien avenidos é infatigables, gobiernan la provincia a su gusto y satisfacción.

Esto es, con corta diferencia, lo que sucede en todas las provincias de España.

Si hemos de creer a *El Imparcial*, el sábado próximo quedará sobre la mesa de las Cortes todos los presupuestos terminados por las respectivas comisiones.

Parece que ha sido autorizado el mariscal de campo D. Miguel de la Vega Inclán, de cuartel en las islas Canarias, para trasladar su residencia, en la propia situación, a esta capital.

Se ha descubierto en Barcelona otra fábrica de moneda falsa, encontrándose dos máquinas con cuños de medio real, de 2 rs. y de 100.

Dan noticia los diarios neo-yorquinos de varias expediciones de filibusteros que se organizan en los Estados Unidos para mandarias a Cuba.

Es la tarea de nunca acabar.

En la noche del lunes último regresaron a Zaragoza varios de los presos conducidos a la Caraca con motivo de los últimos acontecimientos republicanos.

Dice un periódico que desde el día 1.º de Enero próximo regirá la nueva clasificación de efectos timbrados.

CORREO DE HOY.

CONSTITUCION

de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, por la Divina Providencia Papa, concerniente a la elección del Pontífice Romano si la Sede Apostólica vacase durante el Concilio Ecueménico.

PIO, OBISPO,

SIRVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

Ad perpetuam rei memoriam.

Como la plena potestad de apacentar, regir y gobernar toda la Iglesia ha sido dada por Nuestro Señor Jesucristo a los Pontífices romanos en la persona del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, la paz y unidad de esta Iglesia sería fácil y gravemente comprometidas si en caso de vacante de la Sede Apostólica la elección del nuevo Pontífice se verificase en condiciones que pudiesen hacerla dudosa é incierta.

Para evitar tan funesto peligro, varios Pontífices romanos, Nuestros predecesores, y singularmente Alejandro III, de feliz memoria, en el III Concilio general de Letrán, el bienaventurado Gregorio X, en el II Concilio general de Lyon, Clemente V, Gregorio XV, Urbano VIII y Clemente XII, han publicado Constituciones que, entre numerosas prescripciones cuyo objeto es asegurar la ejecución recta y regular de un asunto de esta importancia, conceden generalmente y sin excepción al derecho de elegir al Soberano Pontífice única y exclusivamente al Colegio de Cardenales de la Santa Iglesia romana.

Recordando estas cosas, Nos hemos creído, ya que el Concilio general y Ecueménico del Vaticano que Nos convocamos por Nuestras Letras Apostólicas del 3 de las Kalendas de Julio del año 1868, que empezian por las palabras *A Sacerdotis Patria* está actualmente abierto con solemnidad, que era un deber de Nuestro cargo apostólico prevenir y evitar toda ocasión de discordia y de conflicto en la elección del Soberano Pontífice que podría sobrevenir si pluguiese al Soberano Señor llevarnos de esta vida mortal durante la celebración de este mismo Concilio.

Hé aquí por qué, movido por el ejemplo de Julio II, de feliz recordación, nuestro predecesor, el cual, como la historia nos dice, aquejado de mortal enfermedad durante el V Concilio de Letrán, convocó a los Cardenales a su presencia, é incitólos por la elección legítima de su sucesor, decidí que esta elección se hiciese no por el sufragio de los Cardenales sino únicamente por el sufragio de los Cardenales, sea cualquiera la época y el estado de trabajos en que se halle el Concilio, la elección del Soberano Pontífice no se haga sino por los Cardenales de la Santa Iglesia romana y de ninguna manera por el Concilio mismo, y que se excluya absolutamente de toda participación en semejante acto a toda otra persona encargada por una autoridad, fuese la que fuese, aun por la del Concilio, a excepción de los Cardenales precedidos.

Además, para que los Cardenales mencionados puedan proceder a la elección más libremente

te y con más facilidad, sin impedimento alguno y evitando toda ocasión de desorden y disensión, en virtud de la misma ciencia y de la plenitud de Nuestra autoridad apostólica, decretamos y ordenamos: que si Nos sobreviniera la muerte durante el Concilio del Vaticano, se entienda que este Concilio, en cualquiera época que dicho acontecimiento ocurriera y sea cualquiera el estado de sus trabajos, queda inmediatamente suspendido y aplazado, como es Nuestra intención, por las presentes Letras, de suspenderlo y aplazarlo en el mismo momento y por el tiempo que hemos fijado, de tal suerte, que sin dilación alguna el Concilio debe interrumpir toda suerte de reuniones, de congregación y de sesión, detener los trabajos para todo cánón ó decreto, sin que pueda por ninguna causa por grave que sea y por digna de atención especial que parezca, proseguir sus trabajos, hasta que el nuevo Papa, canónicamente elegido por el Sacro Colegio de Cardenales haya juzgado conveniente en virtud de su autoridad suprema, ordenar la continuación del Concilio.

Considerando oportuno que las disposiciones tomadas por Nos con ocasión de este Concilio del Vaticano, tanto para la elección del Soberano Pontífice como para la suspensión del Concilio, nos sirva de regla cierta y estable que haya de observarse siempre en ocasión análoga, en virtud de Nuestra misma ciencia y de Nuestra autoridad, decretamos y ordenamos que en adelante si un Pontífice romano muere durante la celebración de un Concilio ecuménico, ya se celebre en Roma ya en cualquier otra parte del mundo, la elección del nuevo Papa deberá hacerse siempre de la manera que más arriba prescribimos, exclusivamente por el solo Colegio de Cardenales de la Santa Iglesia romana; y el Concilio mismo, siguiendo la regla arriba establecida, tan pronto como haya recibido la noticia cierta de la muerte del Papa, deberá ser considerado como suspendido en pleno derecho, hasta que el nuevo Papa, canónicamente elegido, haya ordenado la continuación de sus trabajos.

Resolvemos que las presentes letras sean válidas, firmes y eficaces para siempre; que obtengan y produzcan pleno y entero efecto, y que en ningún tiempo, por ningún capítulo, por ninguna causa, por ningún vicio de subrección, obrección ó nulidad, por ninguna falta de intención de nuestra parte, por ningún otro defecto sustancial, imprevisto ó imposible de prever, y que requiera mención especial y particular en virtud de otra decisión, de otro derecho establecido, por ningún pretexto, razón ó causa que sea, que debiera ser necesariamente expresada para el efecto de la validez de las cosas susodichas; que dichas letras no pueden ser anotadas, combatidas, refutadas, invalidadas, retractadas, legalmente revocadas ó discutidas; que no sean objeto de revocación, limitación, modificación, derogación, de cualquier modo y bajo cualquier forma que hayan sido ó deban ser expedidas ó concedidas para lo futuro, aun cuando se hallen en ellas cláusulas ó decretos en los cuales se haga mención especial de estas letras.

Anulando en lo necesario la Constitución apostólica de Alejandro III, Nuestro predecesor de feliz memoria, dada en el Concilio de Letrán, que principia: *Ubi de vitanda*, así como otras muchas Constituciones apostólicas especiales ó generales, aun las decretadas en Concilios ecuménicos é incluidas en el *Corpus iuri*, cualesquiera que sean el tenor literal y la forma de las mismas, y las fórmulas derogatorias, eficaces é inéptas que encierran no obstante todos los decretos de invalidación ó otros generales ó particulares expedidos *motu proprio* ó en consistorio, los cuales todos y cada uno de ellos en cuanto sea necesario, según el tenor de todos, deben tenerse por reprobados é insertos literalmente. Nos tenemos por insertas y expresas las dichas constituciones en la parte que sea contraria a las presentes, dejándolas en las demás partes con toda su fuerza para el efecto más amplio y válido en cuanto a los puntos arriba dichos. Y por esta única vez, derogamos en el sentido más amplio, más completo y más eficaz, no menos que si lo hicieramos especial y expresamente respecto de cada una de ellas, las sobredichas constituciones, en toda su serie sucesiva, así como cualesquiera otras que sean contrarias.

A nadie sea permitido infringir ó contrariar con temeraria audacia esta página de nuestra declaración, ordenación, estatuto, decreto, derogación y voluntad. Si alguno sin embargo lo intentare, sepa que incurrirá en la indignación de Dios omnipotente y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma junto a San Pedro, año de la Encarnación del Señor mil ochocientos sesenta y nueve, el día antes de las nonas de Diciembre, año vigésimo cuarto de Nuestro Pontificado.—*M. CARD. MATTEI—Prodularius—N. CARD. PARACIANI Claretii.*

Una carta de Roma del 10 de Diciembre da interesantes detalles sobre la apertura del Concilio:

«La Misa solemne, que ha sido de la Inmaculada Concepción con la oración del Espíritu Santo, fué celebrada por el Vicario de Su Santidad, el Cardenal Patrizzi, sub-decano del Sacro Colegio, en vez del Cardenal Mattei, muy anciano y enfermo desde hace largo tiempo. Asistieron al Papa durante la ceremonia, en calidad de Presbítero asistente, el Cardenal Angelis, primer Cardenal Presbítero, camarero de la Santa Iglesia Romana, y como Diáconos asistentes, el Cardenal Antonelli, ministro de Estado, y el Cardenal Grazzini. El cargo de Cardenal-diácono para el Evangelio fué confiado al Cardenal Borromeo, y monseñor Isard, auditor de la Rota por Francia, llevó la cruz papal.

La ceremonia debió durar seis horas, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y hubiera durado una hora más si los Obispos no hubiesen aprobado por aclamación el decreto de apertura del Concilio. Grande fué la fatiga de muchos Padres, pero fué mucho mayor la alegría que todos sentían.

«El Papa pronunció su Allocución con voz hermosa y fuerte; pero varias veces le turbaba la emoción. Dos veces se vieron correr las lágrimas por su rostro, sobre todo cuando al terminar la Allocución se levantó, y tendiendo los ojos y las manos al cielo, invocó a Dios, a la Virgen, a los Angeles y a los Santos.

«La emoción de la noble concurrencia respondió a la de Pio IX, y las lágrimas inundaron el semblante de los Padres del Concilio. ¿Cómo es posible imaginar una escena más tierna y conmovedora?

«Y no sólo los Padres, también los fieles eran agitados de vivas impresiones durante toda la ceremonia. La multitud contemplando estas largas y venerables filas de Cardenales, Patriarcas y Obispos, consideraba con la vista fascinada todo lo más hermoso que el mundo puede ofrecer en esencia, en virtud, en abnegación; y los ojos asombrados se fijaban con enternecimiento en varios venerables Padres, enfermos ó agoviados por la edad y los trabajos, y sobre todo en dos Obispos ciegos que eran llevados de la mano, y en otro que apenas podía andar, apoyado en un bastón. ¡Quién podía permanecer insensible a la vista de semejante espectáculo!

«El número de los Cardenales y Obispos, sin contar los Vicarios generales, se elevaba a 700. Este número maravilloso para nuestra época, ha aumentado de dos días a esta parte y seguirá aumentando, porque varios Obispos están en camino, entre ellos ocho de la India y de la China, y alguno que ha enfermado en el viaje.

«Los caballeros de San Juan de Jerusalén han compartido el mártir del servicio del Papa con los guardias nobles de Su Santidad, dando guardia, con sus lucidos trajes, en la gran puerta de la sala conciliar.

«En las dos grandes tribunas de honor asistían los príncipes y los embajadores; en las otras dos tribunas los teólogos de la Santa Sede y del Concilio y los estenógrafos juramentados.»

Leemos en *El Telegrafo autógrafa*:

«Dígame lo que se quiera en contrario, tenemos motivos para creer que la duquesa de Gónova no ha dado, hasta ahora, su asentimiento a la candidatura de su hijo.»

Se anuncia como muy probable la aparición en París de un periódico español titulado *La Clase*.

Se ha indicado hoy en los círculos políticos españoles, dice *El Telegrafo*, la posibilidad de que el Sr. Olózaga sea sustituido por uno de los hombres que más han figurado antes en la fracción democrática.

Se habla mucho en París de una apuesta hecha entre un español y un opulento banquero anglo-americano: sostiene este último que Cuba será independiente para el 1.º de Enero de 1871; nuestro compatriota lo niega, y la apuesta consiste en 250,000 francos depositados por ambas partes en el Banco de Francia.

En los círculos políticos más importantes de París se asegura que el ministro de Negocios extranjeros ha pasado una nota al representante de Francia en Madrid Mr. Mercier, manifestándole que haga presente al Gobierno español el disgusto con que el de las Tellerías ha leído algunas de las frases pronunciadas por el señor Castelar.

Aconsejamos al *Telegrafo autógrafa* de París que mire cómo toma la noticias y rumores que los enemigos del Pontificado esparcen de cuando en cuando para desacreditarle. A esta clase de noticias, falsas por supuesto, pertenece la que leemos en dicho periódico sobre gestiones hechas por personas allegadas al Papa acerca de los Obispos no favorables a la declaración de la infalibilidad pontificia, para que desistan de su modo de pensar, y no den lugar a una excisión perjudicial a los intereses católicos.

Según *El Norte de Castilla*, anunciase la próxima aparición en Valladolid de un periódico montpensierista, dirigido por el ex-redactor de *La Reforma* Sr. Acero.

Ha llegado a noticia de *El Norte* de Girona el rumor de haber sido preso y conducido a dicha capital, un tal Martí, presunto falsificador ó cómplice en la falsificación de los billetes del banco de Barcelona.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

Abierta la sesión a las dos y media, bajo la presidencia del Sr. Rivero, se dió lectura al acta de la anterior, que fué aprobada en votación nominal.

Varios señores diputados manifestaron su deseo de que conste su voto con el de la mayoría en la sesión de ayer.

El señor presidente dice, que habiéndose suscitado dudas acerca de si la comisión constitucional ha de ser la que formule el proyecto para la elección de monarca, y a dirigir la pregunta al Congreso. Este acuerda que sí.

Seguidamente se pregunta si la comisión ha de completarse, puesto que faltan algunos señores. También responde afirmativamente el Congreso.

Se acuerda suspender las sesiones el lunes para reanudarlas el día 2 de Enero.

Entrando en la órden del día se pone a discusión el proyecto de la comisión relativo al ferrocarril de Malpartida.

El Sr. Godínez de Paz dice que la comisión ha acordado adicionar el art. 3.º del dictamen.

El señor marqués de Sardoal hace uso de la palabra para combatir el proyecto.

Ejecutivos número de diputados presencian esta discusión.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Faras.)

PARIS, 15.—Continúa la crisis ministerial; pero no se sabe todavía a punto fijo cuál será su desenlace.

En la Bolsa se han cotizado: El 3 por 100 exterior español, a 26 1/4. El 3 por 100 francés, a 72 90. El 4 1/2 por 100 id., a 102.75. El 5 por 100 italiano, a 55.00.

LONDRES, 15.—Consolidados ingleses de 92 1/8 a 1/4.

AMSTERDAM, 15.—3 por 100 portugués, a 33.50.

BAYONA, 15.—Confírmase la noticia de un descubrimiento de armas destinadas, según se dice, a los carlistas en la parte de la costa comprendida entre San Juan de Luz y Hendaya. Dichas armas estaban enterradas en la arena y han sido puestas a disposición de la autoridad departamental.

FLORENCIA, 15 (por la noche).—El nuevo Gabinete se ha presentado hoy en el Parlamento, y su presidente, el Sr. Lanza, ha declarado que el Gobierno estaba firmemente resuelto a hacer considerables economías, sobre todo en el presupuesto del ejército, cuyo contingente será reducido, porque no hay temor de que la paz europea sea perturbada.

Las cajas del Tesoro contienen 185 millones de francos.

VIENA, 16.—Acaba de llegar la noticia de que la Puerta Otomana ha enviado fuerzas a la frontera del Montenegro.

BOLSA DE HOY.

Consolidado, pub., 23-35 y 30; 25-00 y 24-30 pequeños; a plazo, 23-30 y 35 fin cor. dr.; 23-35 fin próx. dr.

Tít. del 3 por 100 procedente del diferido, publicado, 23-15 y 20.

Tít. del 3 por 100 consol. ext., pub., 28-25.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, pub., 101-00.

Idem de la 2.ª serie, pub., 89-75, 65 y 75.

Bonos del Tesoro, publicado, 62-45, 50, 60 y 63-00.

Obligaciones generales por ferrocarriles, no pub., 44-75.

Acciones del Banco de España, no publicada, 130-00 p.

